
José M.^a Cardesín ()*

*Miseria de la teoría ...
de la modernización: una revisión
de algunos estudios sociológicos
sobre el mundo rural
contemporáneo (**)*

El proceso de cambio económico y social en el mundo rural a partir de la Segunda Guerra Mundial, es ya un tema clásico de estudio. La «teoría de la modernización» ha proporcionado el marco para gran parte de las investigaciones, especialmente en la sociología rural, pero también en el campo mayor de la ciencia social. El objeto de dichas investigaciones se ha ampliado de forma progresiva: temáticamente, al extenderse desde los procesos económicos hasta los cambios sociales, políticos y culturales; cronológicamente al retrotraer su interés hasta el s. XIX, o incluso hasta el s. XVI (1). El «revival» que ha experimentado la «teoría de la modernización» entre los historiadores y en general los científicos sociales españoles de los años 80, no se ha visto acompañado de un esfuerzo parejo de reflexión teórica: la mayoría de estos estudios no podrían afrontar las críticas que Frank (1971) dedicara a los «estudios de la modernización» hace ya veinticinco años.

(*) Profesor Titular de «Historia del Pensamiento y de los Movimientos Políticos y Sociales». Dpto. de Sociología y Ciencia Política, Universidad de La Coruña.

(**) Una primera versión de este artículo fue presentada al *Congreso de Sociología no Camiño de Santiago*, Santiago de Compostela, XI/1993. Versión definitiva: julio 96.

(1) Y así el concepto de «modernización» se ha aplicado a la revolución agraria e industrial del s. XIX, la formación del estado nación contemporáneo o de las monarquías absolutas, la difusión del socialismo, del pensamiento ilustrado en el s. XVIII, o del humanismo renacentista.

Argumentaré que la «teoría de la modernización» es un instrumento de análisis y de teorización improductivo, inadecuado para estudiar los cambios en las agriculturas occidentales en la posguerra, e inútil para cualquier estudio con enfoque diacrónico, se trate de analizar los cambios económicos, sociales, políticos o culturales. Propongo una reflexión crítica desde una perspectiva interdisciplinar, aunando las aportaciones de economía, sociología, politología, antropología e historia: una reflexión cuyo objetivo final sea contribuir a la reformulación de una teoría del sujeto y de una teoría de la acción social.

1. LOS ESTUDIOS SOBRE LA «MODERNIZACIÓN DE LA AGRICULTURA»

El éxito de las investigaciones sobre la difusión de innovaciones técnicas en la agricultura de los EE.UU., desde el marco teórico de la «modernización», avaló la aplicación del modelo al estudio de los cambios en las agriculturas (Sevilla Guzmán, 1984) y en las sociedades rurales contemporáneas (Rogers & Svenning, 1973). En cuanto a las agriculturas, el concepto de «explotación» identifica al agente económico de base, descomponiéndolo a efectos analíticos en tres factores de producción, «tierra», «trabajo» y «capital»: La diversidad de combinaciones entre los factores de producción que muestran las explotaciones, en un momento histórico dado, es teorizada y ordenada en una jerarquía de «grados de modernización». Y esa tipología se traslada a la diacronía. En un extremo se postula un modelo estático de «agricultura tradicional», caracterizada por la **autosuficiencia**:

« ... la agricultura tiene la capacidad suficiente para reponer las materias primas y la energía del trabajo humano y animal empleados en el proceso productivo, "sin necesidad de recurrir apenas a inputs externos" » (García Delgado, 1989: p. 216).

A lo que habría que añadir una capacidad y necesidad limitada de producir excedentes, al tratarse de una agricultura de pequeña escala, con una estrategia productiva diversificadora, sometida a los ciclos naturales y dependiente del conocimiento local. En el otro extremo la «agri-

cultura moderna» se definiría por la subordinación al complejo agroindustrial, quedando emparedadas las explotaciones entre un sector «amont» que las abastece de materias primas y fuentes de energía, y un sector «aval» que absorbe la práctica totalidad de sus outputs. La supuestamente necesaria transición desde una «agricultura tradicional» hacia otra «moderna» se explica como subordinación al capital: un proceso de cambio tecnológico acelerado permite sustituir trabajo por capital, liberando gran parte de la mano de obra; la especialización, las economías de escala, y un mayor control humano sobre los procesos naturales incrementan la productividad y el porcentaje de producción agraria comercializada; y todo esto contribuye a un proceso general de desarrollo autosostenido basado en la industrialización. El estado impulsa el proceso modernizador: financiando la elaboración de nueva tecnología por especialistas –científicos– que investigan en empresas privadas; difundiendo y subvencionando la adopción de novedades; y orientando el sector con una política agraria (2).

Aceptada la premisa de que la modernización es racional e inevitable, la actividad de los agentes económicos no puede sino asumir esta racionalidad: el agricultor «modernizará» su explotación para obtener la mayor rentabilidad económica posible; el estado intentará a través de una política agraria «auxiliar» al agricultor en esta tarea, para maximizar la rentabilidad económica del sector agrario en términos de PIB. Si por contra los agentes económicos no se embarcan en este proceso de modernización, la explicación se formula en términos de incapacidad: inadecuación en la correlación de factores de producción a disposición de los agentes; deficiencias en la gestión de la información estratégica; interferencias ilegítimas de otros fines no económicos que obstaculizan una actuación decidida por parte de dichos agentes; e insuficiencias en la política agraria estatal.

Parte del atractivo de este marco de análisis es que permite comparar unidades de escala similar –explotaciones individuales, comunidades locales, regiones y estados–; medir su éxito relativo mediante técnicas estadísticas basadas en una sola escala, o en el análisis multifac-

(2) Para comparar esta definición con la que da un clásico de los estudios sobre el tema, ver Schultz (1989).

torial (3), estableciendo «grados de modernización»; y permite ordenar estas unidades dentro de un modelo de «estadios de modernización». El éxito de este marco teórico en los años 50-60 se vio acompañado de su extensión al estudio del cambio social, político y cultural. Su revitalización en la ciencia social española de los años 80, es clara en la historia contemporánea. Muchas obras explican la especificidad de las formaciones sociales, practica política e ideologías del pasado calificándolas como pervivencias tradicionales, muestras de atraso, o soluciones peculiares relacionadas con la lograda o malograda «modernización económica» (4).

Pero si estas proposiciones originales estuvieran incorrectamente formuladas, su desarrollo posterior en una «teoría» estaría condenado al fracaso. Es esto lo que argumentaré en las páginas siguientes.

2. DE LA ILUSTRACIÓN AL FUNCIONALISMO: LA VINCULACIÓN ENTRE PROGRESO ECONÓMICO Y DESINTEGRACIÓN SOCIAL

La innovación tecnológica ocupa una posición central y al tiempo ambivalente en los estudios sobre «modernización»: motor del progreso económico, pero también generadora de cambios socio-culturales potencialmente destructivos. Resulta esclarecedor volver la vista al pasado para entender cómo se fueron construyendo e institucionalizando estas ideas.

La Ilustración popularizó en el saber letrado una atrevida hipótesis: que la acción de los seres humanos guiados por la razón genera movimiento histórico positivo, es decir «progreso». Los utilitaristas ingleses, como Hume o Mill, añadieron un matiz importante: la satisfacción del interés individual como criterio de racionalidad. La economía política inglesa combinó el principio utilitarista con el concepto de «cálculo económico», para llegar a una conclusión aún más arriesgada: el cálculo

(3) Sobre los problemas para la aplicación del análisis factorial en ciencia social, ver Gould (1987).

(4) Véase por ejemplo Castells (1987), o Carnero (1992).

económico racional guiado por el interés conduce al progreso humano. De esta forma Adam Smith pudo llegar a distinguir cuatro estadios en la evolución de las sociedades humanas, conforme sus miembros eran capaces de orientar sus actividades productivas según criterios de racionalidad más perfeccionados (Smith, 1978).

Quienes asistían a los inicios de la revolución industrial inglesa, podían encontrar en su entorno evidencia empírica que parecía corroborar esas hipótesis: las innovaciones tecnológicas aplicadas en la agricultura, la industria, los transportes, ... generaban un aumento espectacular de la productividad y de la producción, y parecían garantizar un futuro de progreso inacabable. Ahora bien, esta misma revolución industrial sumía a una parte importante de la población en la pobreza, y generaba dislocaciones sociales, políticas y culturales que parecían amenazar con destruir el edificio social. De esta forma, el optimismo inicial de Smith vino a ser reemplazado por el pesimismo de Malthus y consecuentemente de Ricardo: la concurrencia de los seres humanos guiados por el interés, conduce al progreso económico y **al desastre social**.

Esta visión pesimista de un progreso económico lastrado por repercusiones sociales negativas, no va a ser superada hasta mediados del s. XIX: cuando en ámbitos tan diversos como la biología y la naciente sociología, Darwin y Spencer realicen una relectura de Malthus, identificando «progreso» con «aumento de la complejidad». Para Darwin, la lucha de los individuos por obtener mejores condiciones de supervivencia conduce a largo plazo al «progreso evolutivo»: al perfeccionamiento de la especie a través del desarrollo de formas orgánicas más complejas. Para Spencer la concurrencia de seres humanos que luchan por mejorar sus condiciones de vida puede producir perturbaciones sociales, pero a largo plazo genera formas de integración social más complejas y perfeccionadas: es decir, «progreso social».

A partir de Spencer el enfoque evolucionista adquiere una posición hegemónica dentro de la teoría social, y la ecuación cambio-evolución-progreso social se convierte en constante en la obra de los principales autores (Mills, 1961, p. 166): piénsese en el paso del «status» al «contrato» en Maine (1861); el tránsito de la «comunidad» a la «sociedad» en Tönnies (1887); la emergencia del individuo a partir de la colectividad en Weber (1906); y la oposición entre los principios de «solidaridad

mecánica» y «solidaridad orgánica» en Durkheim (1902), que está en la base de la moderna dicotomía «sociedad tradicional» vs. «sociedad moderna» (5).

Casi todas estas dicotomías comparten un conjunto de características comunes. Son modelos de equilibrio, que priman el concepto de «estructura» frente al de «proceso». El movimiento histórico se introduce en estos modelos como transición entre dos estructuras, el pasado o «tradición», y la «modernidad», que es tanto presente como proyecto de futuro. Una segunda dicotomía, «rural»-«urbano», concede verosimilitud a este modelo de cambio: la sociedad «tradicional» pervive ante los ojos del observador en el mundo rural (6), incapaz de seguir el ritmo de transformaciones que se producen en la ciudad. Finalmente, el cambio adquiere un carácter catastrófico: caracterizándose como «crisis», por aquellos autores que lo contemplan como momento creativo; o como «destrucción» o «descomposición» (7), cuando es visto desde un punto de vista negativo.

Estos estudios, que ponen la base de la tradición funcionalista, sufren de forma especialmente aguda de una dificultad más general de la ciencia social para pensar la historia. Las principales corrientes de pensamiento de finales del s. XIX, huyendo de Heráclito (Jamard, 1988), no se atreven a pensar el movimiento histórico más que como sucesión de estadios: los principales procesos del cambio social a gran escala llevarían a las sociedades a atravesar una serie de estadios, que conllevan un progreso creciente, a través de la adopción de formas de integración cada vez más complejas. Tampoco escapaban de este modelo de estadios las obras de carácter más procesual, como las inspiradas en el marxismo (8). El propio Marx había puesto las bases, al definir una serie jerárquica de «modos de producción», y explicar la transición de un «modo» a otro sobre la contradicción entre progreso de las fuerzas pro-

(5) A pesar de la posición anti-evolucionista de Durkheim.

(6) Son los años en los que se pone de moda el proyecto de reconstruir la historia a través del uso de un método comparativo, buscando en la sociedad contemporánea «supervivencias» de épocas pasadas, que se conservaran como si de «fósiles sociales» se trataran.

(7) La idea de la incompatibilidad entre tradición y desarrollo será dominante en la sociología hasta los años 70 del presente siglo.

(8) Pese a que las potencialidades del enfoque procesual eran mayores. Ver Sevilla Guzmán y González de Molina (1990).

ductivas y mantenimiento de las relaciones de producción: la «crisis» entendida como momento creativo, dinamizada por la «lucha de clases», que abre el camino para nuevas relaciones de producción, el progreso social.

En último término lo que aquí subyace es una transposición desde la física decimonónica a la ciencia social de un modelo de espacio estable, de propiedades constantes. Resulta paradójico que las «ciencias duras» hayan experimentado una profunda renovación epistemológica a lo largo del s. XX, lo que les ha llevado a cuestionar viejos principios como «evolución», «integración» o «sistema»; mientras que los científicos sociales se mantienen leales a ellos. Hoy en día la genética evolutiva abandona el concepto darwinista de evolución progresiva, y privilegia modelos catastrofistas, donde cambios fortuitos y rápidos en las condiciones medioambientales, explican la conservación aleatoria de los seres vivos. Teorías recientes como las que se engloban en la «física de sistemas desordenados» han llevado a cuestionar el mismo concepto de «integración» u «orden» como principio inherente a todo sistema (Jamard, 1988, p. 35). Y la revolución de la física cuántica que se produjo en el período de entreguerras ha cuestionado la noción de «sistema».

3. DE LA SOCIOLOGÍA FUNCIONALISTA A LA «TEORÍA DE LA MODERNIZACIÓN» (9)

Un divorcio que separa a un lado la historia, y al otro la sociología y antropología, se abre a principios de siglo y se consolida en los años 20 (Juliá, 1989, pp. 61-63). En la ciencia social se generalizan posturas contrarias al evolucionismo, y autores como Durkheim, Radcliffe Brown o Boas, desde posiciones «para-organicistas», postulan como objetivo de estudio prioritario la «integración social», desinteresándose del cambio histórico. La hegemonía del funcionalismo en el ámbito académico entre los años 1930-1950 institucionaliza la ruptura. El reto no era sencillo: ¿cómo pensar el cambio en las sociedades occidentales sin apoyarse en un análisis diacrónico?

(9) Para la elaboración de este apartado me ha sido de gran ayuda la discusión con Beatriz Ruiz, y la lectura de Ruiz (1994).

Parsons es uno de los padres fundadores del funcionalismo, a través de la relectura que realiza en los años 30 de la obra de Durkheim y Weber, despojándolos de la preocupación por la contextualización histórica que caracterizaba sobre todo al segundo. Parsons elabora cuatro conceptos fundamentales para la posterior «teoría de la modernización»: sistema social, diferenciación, tipos ideales y valores.

Hablemos primero de la visión sistemática de la sociedad. Las bases las había puesto Pareto en 1916, al elaborar la noción de «sistema social», sobre el modelo que ofrecía el concepto de «sistema económico» en la economía política. La noción de Pareto (1968) contenía ya dos elementos contradictorios, cuyo peso no dejará de agravarse en desarrollos posteriores: el dinamismo que introduce la visión sistémica en la teorización de los procesos sociales se hace al precio de eliminar la contextualización histórica; y el **«sistema social» se constituye en refugio de las actitudes y pensamientos irracionales que no encuentran cabida en el «sistema económico»**. Parsons, en 1937, desarrolla ampliamente la idea, al distinguir cuatro «contextos» en la acción social, y teorizar consecuentemente la sociedad como conjunto de subsistemas –biológico, psíquico, social y cultural–, ordenados en una relación jerárquica (Parsons, 1968).

Consciente Parsons del imperativo en que se encontraba de explicar la relación entre los distintos subsistemas, y de reservar un espacio para el cambio social, elaboró un segundo concepto, la «diferenciación»:

«La consideración de la diferenciación como el proceso rector del cambio social [que] abraza claramente un postulado próximo: el hecho de que el estado en que se encuentra el orden social depende del equilibrio entre procesos de diferenciación y procesos de integración o control, y que la diferenciación rápida o excesiva produce desorden» (Tilly, 1991, pp. 69-70).

Los cambios en el «sistema económico» activarían un doble proceso de diferenciación: en el subsistema social se produce una «segmentación» en colectivos o instituciones que desempeñan funciones especializadas; en el subsistema cultural, un proceso de «especificación» o diversificación de los valores y normas de los distintos colectivos. No se trata

entonces de una simple dinámica: cambio económico → social → cultural. Lo que Parsons denomina «subsistema cultural», los valores y normas, son un modelo para la acción de los colectivos sociales, y su alteración constituye en cierta medida un prerequisite para el cambio económico; pero esta modificación de valores y normas priva a la sociedad de su cemento ideológico, la pone en peligro de desintegración social. Y obliga al estado a intervenir para evitar males mayores mediante las funciones de represión y socialización.

El modelo gozaba de un enorme atractivo para los teóricos sociales interesados en jugar un papel de consejeros en la planificación del cambio económico-social:

«Tales ideas [...]: primero, conectan los cambios en la comunicación, la estructura familiar, la actividad política, o cualquier otro fenómeno social con las alteraciones en la producción; segundo, sugieren programas de acción –acelerando u orientando el proceso de modernización» (Tilly, 1991, p. 123).

Es esta capacidad de trazar «programas de acción» la que explica que en los años 50-60, el concepto de «modernización» se consagre en «teoría»:

«Tras la Segunda Guerra Mundial, las teorías de la “modernización” y el “desarrollo” [...] sostenían que los países ricos y poderosos del mundo poseían una diferenciación mayor que otros países, que la diferenciación constituía una parte significativa de su ventaja sobre otros países, y que la creación de estructuras nuevas y especializadas constituía el principal medio por el que los países más pobres y menos poderosos podían llegar a compartir las comodidades de los ricos y poderosos» (Tilly, 1991, p. 63).

Los gabinetes asesores de las principales potencias se enfrentaban al doble problema de la reorganización de los imperios coloniales y la reconstrucción de los países devastados por la guerra, y optaron por una política de desarrollo económico a través del aumento de la producción y de los intercambios comerciales. En consecuencia economistas liberales y keynesianos se interesaron por una «teoría de la modernización» que proporcionaba un instrumento analítico muy simple para analizar la

repercusión de las políticas desarrollistas. Paradójicamente razones ideológicas muy diferentes movieron a los científicos sociales marxistas, especialmente a los encuadrados en la «teoría de la dependencia», a interesarse por los mismos problemas, y a popularizar en los ambientes académicos el aparato conceptual de la «teoría de la modernización» (Naredo, 1987, pp. 350-378).

Ahora bien, para hacer de la «teoría de la modernización» un instrumento operativo para estudiar los procesos de cambio, era necesario dotarla de al menos un mínimo de sensibilidad diacrónica: la definición de un polo de partida y un polo de llegada entre los que se produjera el movimiento histórico. La base volvió a ponerla Parsons, al reelaborar la definición weberiana de tipos ideales dicotómicos, despojándola al tiempo de la preocupación que siempre puso Weber en contextualizar históricamente esos tipos. Esta vía es la opción más frecuente entre los estudiosos de la «modernización». Uno de los ejemplos más elaborados es el modelo de «variable-patrón» sistematizado por Hoselitz (1960), que consiste en definir un número limitado de dicotomías que representan modelos polares (como «universalismo-particularismo»), y ordenar las economías o sociedades en una escala aritmética entre ambos polos (10).

El modelo de tipos ideales dicotómicos que atañen sobre todo al sistema de valores ha tenido cierto éxito en los estudios «micro». Es un lugar común en muchos estudios sobre procesos de «modernización» que la psicología del campesino, organizada según valores tradicionales inculcados por la familia y la comunidad local, sería renuente al cambio: una hipótesis que permitía explicar el escepticismo del campesinado frente a las políticas «modernizadoras», y legitimaba las políticas estatales dirigidas a primar a la explotación individual en detrimento de la gestión colectiva de los recursos. Parsons había sentado también aquí un precedente, al teorizar una noción abstracta de «valor» que suponía un empobrecimiento radical frente al interés que tuviera Weber por el papel de la psicología en los procesos históricos (11). Pero quizás resulte aún

(10) Ver por ejemplo Wrigley (1992), autor de moda en los últimos años en el ámbito académico español. Frank (1971) es aún la crítica más eficaz —y sarcástica— a este modelo.

(11) Especialmente en un estudio pionero sobre las diferencias de comportamiento económico entre el campesinado alemán. Ver Weber (1986).

más decisiva la aportación de la antropología estadounidense, dominada en los años 30-40 por la escuela de «cultura y personalidad», y deseosa de implicarse en los programas de investigaciones aplicadas: primero los estudios de Kluckhohn sobre los valores; posteriormente la obra de Kroeber y especialmente su discípulo Redfield (1955), que propone la dicotomía «sociedad folk»-«sociedad urbana», y delinea el camino para teorizar la especificidad de las situaciones locales como «aislamiento» del gran movimiento del progreso.

Sin embargo, el modelo de «variable patrón» resultaba decepcionante para cualquier investigador familiarizado con la historia, y poco útil para una investigación «macro». Situar a una sociedad en un punto de la escala entre dos valores (p. e. «universalismo»-«particularismo») se basaba en el juicio arbitrario del investigador: además de ser difícil obtener una base empírica sólida, la propia idea de «medir» valores carecía de fundamentación epistemológica. Una solución alternativa, minoritaria entre los sociólogos pero con cierta popularidad entre economistas e historiadores fue el ordenar las distintas economías en una escala de «grados de modernización», desde el «mínimum tradicional» hasta el «máximum moderno». El exponente más destacado de esta idea fue Rostow (1960), que distinguió cinco estadios de desarrollo que presumiblemente habrían de pasar todas las economías. El propio Parsons, en 1966, se sintió atraído por el modelo de estadios, que se podrían aplicar a periodizar independientemente los cambios en cada subsistema –económico, social, cultural– (Parsons, 1974). Sin embargo el modelo de Rostow, extraído de una visión idealizada de la experiencia inglesa, mostró pronto sus contradicciones con la evidencia empírica (Frank, 1971). Y la propuesta de Gerschenkron (1978) de elaborar nuevas secuencias de estadios modificadas para comprender la especificidad de los nuevos países que accedían a la «modernización» no logró evitar esas contradicciones.

4. LA CONTEXTUALIZACIÓN EN UN SISTEMA ECONÓMICO Y GEOPOLÍTICO GLOBAL

La teoría social de Parsons no sólo se elabora sin tener en cuenta los procesos históricos concretos, sino que **apuesta decididamente por la**

elaboración de tipos sociales irreales (12). No resulta extraño entonces que, construida sobre tales bases, la «**teoría de la modernización**» **carezca de un concepto de sistema global**: la definición y contextualización histórica de un espacio económico y geopolítico en el que se producen las transformaciones (13).

El modelo dicotómico «agricultura tradicional» versus «agricultura moderna» **es ahistórico**. La «agricultura tradicional» europea que sirve de punto de partida, es un resultado relativamente reciente de la implantación del estado liberal y de un sistema de mercado mundial, en la segunda mitad del s. XIX. En el marco de ambas transformaciones se gestan en Europa Occidental las sociedades de pequeño campesinado «tradicional», libre y propietario de las tierras que trabaja, enfrentado como productor directo al mercado (Polanyi, 1990). Estas agriculturas y sociedades no cesan de reestructurarse desde entonces: en el contexto de la gran depresión y de la crisis finisecular primero; posteriormente con la reorganización del comercio mundial hasta la crisis de 1929; por último con la involución y proteccionismo generalizado de los años 30-40.

El modelo de estadios de modernización es teleológico: proponer la validez universal de la experiencia histórica norteamericana o inglesa, de las que se tiene además una memoria histórica fuertemente ideologizada, es más una profecía que una hipótesis argumentada. El concepto elaborado por Wallerstein (1979) de «sistema mundial interdependiente» (14), da idea alternativa de una articulación diferencial, donde los distintos «grados de modernización» que aparentemente presentan las economías obedecen a posiciones diferenciales dentro de un sistema capitalista global (Martínez Alier, 1993): la superioridad tecnológica de las regiones centrales respecto a las periféricas, es en parte resultado de una selección cuidadosa. Como nos recuerda Meillassoux (1978), en la economía capitalista, la producción de plusvalía se apoya en el manteni-

(12) La crítica de Mills a la «gran teoría» parsoniana es demoledora –además de tonificante–.

(13) Frank (1971) sigue aportando la crítica más vigorosa. Resulta también útil la reflexión de Martínez Veiga (1989, pp. 88-116), desde posiciones moderadamente críticas hacia la «teoría de la dependencia».

(14) Respondiendo en parte a las críticas que se le hicieran a Frank, por basar su visión del capitalismo en la circulación de mercancías más que en la producción.

miento de sectores no capitalistas, calificados incorrectamente como «tradicionales» o «no modernizados».

Además este sistema mundial se especifica de forma distinta en cada momento histórico –Chomsky (1993)–: la geopolítica del nuevo orden mundial hegemonizado por EE.UU. en la guerra fría, condiciona de forma decisiva la evolución de las agriculturas regionales, a través de instituciones como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, y los GATT, diseñados en los acuerdos de Bretton Woods. Los estudios realizados desde las «teorías de la dependencia» muestran cómo la «modernización» asociada a la transformación de las estructuras agrarias y a la «revolución verde» (15), encubre una degradación generalizada de las condiciones de vida y del medio ambiente en la periferia (González de Molina, 1991). Hoy en día se produce un reparto del trabajo entre las grandes corporaciones transnacionales que toman las decisiones y asumen los beneficios de las transformaciones agrarias, y los gobiernos nacionales que socializan los costes de ejecución, los sociales y los medioambientales.

En tercer lugar, como argumenta Martínez Veiga (1989) en su crítica a la «teoría de la dependencia»:

«parte de la dinámica de los sistemas económicos periféricos no tiene su origen en el capitalismo central, ni siquiera en la lógica de la acumulación capitalista sino más bien en las historias locales y en las luchas de clases de la periferia misma» (Martínez Veiga, 1989, p. 111).

Para empezar, hay que cuestionar una visión reductora del estado, definido casi como supra-agente social, con una racionalidad que reproduce la del individuo maximizador económico –vid infra–. Una visión que nada tiene que ver con un concepto de estado como centro de competencia de agentes –partidos políticos, empresas, grupos de presión– con objetivos específicos, y a veces antagónicos: agentes que gozan de poder desigual, y por tanto de desigual capacidad para intentar inclinar en favor propio las líneas de acción estatal (16). El resultado de esta

(15) Para una crítica somera de los resultados de la «revolución verde», ver Harris (1991). También Chomsky (1993, pp. 301-306).

(16) Algo que ya señalaba ¡en 1916! Pareto (1968).

conurrencia es la formulación de la política gubernamental global, que es la que verdaderamente informa el rumbo que seguirá el sector agrario. En contrapartida, la propia política agraria está en gran medida orientada por criterios muy distintos del de racionalidad económica maximizadora de recursos, subordinándose ya a objetivos económicos pero extra-agrarios, como el crecimiento del PIB industrial, ya a objetivos puramente políticos, de orden interno –búsqueda de un consenso entre la población, en favor del régimen–, como de orden internacional, a través de la homologación y/o subordinación a las políticas de otros estados (17). Por último la política agraria se fundamenta sobre unas líneas de investigación no neutrales, diseñadas conforme a los intereses del capital privado, que buscan aumentar los beneficios de la agroindustria, especialmente de la suministradora de agroinsumos, y del sector bancario: a costa de la precarización o ruina del agricultor, e incluso de la caída de la rentabilidad del sector agrario (Lewontin & Berlan, 1990). Algo parecido sucede con teorías como la de la «modernización», que gozan a menudo del apoyo de instituciones y corporaciones privadas (Levins, 1990).

5. TEORÍA DE LA ACCIÓN Y TEORÍA DEL SUJETO

La «teoría de la modernización» participa de los problemas de la sociología funcionalista, especialmente por la **carencia de una teoría de la acción y de una teoría del sujeto** que expliquen el comportamiento del campesinado. Los «estudios de modernización» se informan en **una teoría del sujeto** centrada en el individuo (18), lo identifican como agente social básico, y reducen la complejidad del orden social a una dialéctica que enfrenta al individuo aislado con la sociedad englobante. A la «agricultura tradicional» se superpone una supuesta «sociedad tradicional», amalgama de estructuras familiares y comunitarias que actúan

(17) Para una visión comparada de las políticas agrarias en Europa Occidental, con especial énfasis en la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial, ver Servolín (1988).

(18) Y así la sociología rural utiliza con frecuencia el concepto de «empresa agrícola» para denominar a una explotación, y el de «empresario agrícola» para reducir la familia campesina a uno solo de sus miembros.

como elemento retardatario, aislando al individuo de la sociedad supralocal (Comas y Contreras, 1990). «Familia tradicional» y «sociedad tradicional» son caracterizadas como masa amorfa, una barrera social que impide que el individuo dotado de «mentalidad tradicional», reciba la información del exterior que posibilitaría su reeducación. Así el cambio histórico sólo se introduce en forma de descomposición o destrucción de la «sociedad tradicional», correlato de la emergencia de un estado concebido como agregado de individuos ahora liberados de las ataduras locales, por lo cual se podría difundir ya sin obstáculos entre ellos una «mentalidad moderna».

El problema es entonces doble. No sólo el sujeto de la «teoría de la modernización» es inadecuado, sino que también lo es la **teoría de la acción** que analiza su comportamiento. La **teoría de la acción racional** se basa en un concepto de «hombre económico racional» (Heath, 1974), que utiliza como criterio orientador de sus actividades el «cálculo maximizador»: un individuo dotado de apetitos ilimitados, que se enfrenta a un mundo material por naturaleza limitado, intentando extraer de él un beneficio máximo con los medios a su alcance (19). Una vez suprimidas las barreras que impiden actuar a los agentes con criterios de estricta racionalidad económica (20), la difusión de nuevas tecnologías en el sector agrario desencadenaría un proceso de cambio general.

Tampoco la teoría de la «racionalidad limitada» supone una solución al respecto. En primer lugar porque el concepto de «racionalidad instrumental» sigue basado en la idea del individuo orientado por el cálculo maximizador, con el matiz de que ahora cada individuo tiene preferencias específicas, cuenta con información incompleta y debe optar entre objetivos de distinta naturaleza. Segundo, porque el análisis de situaciones reales se ve sustituido por una simple formalización esquematizada de las alternativas con que cuentan los maximizadores, y una mera justificación «ad hoc» de las razones que los orientaron: estoy pensando en

(19) En antropología este ha sido un postulado básico de la corriente llamada «formalista», postulado que actualmente parece superado. Para una crítica sistemática ver Godelier (1974 y 1976).

(20) Una muestra de la ingenuidad con que muchos técnicos de desarrollo rural intentan eliminar las supuestas barreras a un comportamiento racional del campesinado es el de Foster (1980).

concreto en la «teoría de juegos», y en modelos de acción como el «dilema del prisionero», que reducen la compleja interacción social a situaciones puntuales donde los individuos, descontextualizados de su red social, «se enfrentan» (21). Finalmente, porque en contra de lo que postulan los estudios que se engloban dentro del «individualismo metodológico», resulta incorrecto deducir la sociedad a partir de la agregación de acciones o de situaciones individuales (Sahlins, 1982, p. 5).

La utilización de los modelos de «acción racional» resulta llamativa dado que en los últimos veinte años se han ido elaborando alternativas mucho más productivas dentro de la propia sociología. En el ámbito académico francés (22), la obra de Bourdieu (1992) ha abierto el camino para una reflexión en torno a los conceptos de «hábitus» y «acción estratégica». En efecto, el riesgo de un modelo mecánico de «acción social» como sometimiento de las personas a las normas del grupo se neutraliza mediante la utilización del concepto de «estrategia», que **orienta** la acción de las personas. Las estrategias son **colectivas**, ya que organizan una gestión colectiva y no individual de recursos; y en tanto son líneas de acción que las personas van aprendiendo a lo largo de su proceso de socialización sin necesidad de inventarlas. Y las estrategias son **creativas**, ya que las personas deben constantemente introducir modificaciones en sus pautas generales de actuación para enfrentarse a situaciones nuevas.

En los últimos años se han desarrollado en este ámbito académico nuevas propuestas desde la sociología —«sociología de las ciudades»— y la economía —«economía de las convenciones»— (Dodier, 1991; Lepetit, 1995), que han venido a cuestionar dos presupuestos pocas veces contestados: la constancia de los agentes implicados en la acción (procedente del individualismo metodológico weberiano), y la larga duración de las propiedades del campo social en que se mueven (muy caro al funcionalismo durkheimiano).

El segundo aspecto de la crítica a los estudios de modernización es su carencia de una teoría del sujeto. Desde la «teoría de la moderniza-

(21) ¿Qué otra cosa se puede esperar de sujetos definidos a priori como competitivos?

(22) En el ámbito académico anglosajón, cabría destacar como aportaciones más sugerentes la obra de Giddens y sus seguidores en torno al concepto de «agencia social»; y los estudios que siguen un enfoque sistémico.

ción» no se definen dentro del ámbito local agentes mayores que el individuo, que participen creativamente en la toma de decisiones: en especial la familia y la comunidad local, que han recibido una atención muy fuerte por parte de la antropología, y son referentes constantes en el discurso que los propios campesinos elaboran sobre sí mismos. En cuanto a la comunidad local, Iturra (1988) ha mostrado como la organización de la producción y del trabajo en cada explotación campesina se subordina a una coordinación superior de la producción a escala local, y a las estrategias de circulación de tierra, trabajo y tecnología entre las explotaciones, a través de la entreayuda. De modo que las transformaciones estructurales que realizan los campesinos en sus explotaciones, y la adopción de nuevas técnicas y utillaje productivo, obligan a redefinir la posición de la explotación innovadora dentro de esa coordinación superior, y pueden incluso cuestionar el equilibrio ecológico local (Toledo, 1993).

La familia, por su parte, es un objeto clásico de estudio de la sociología histórica y de la antropología. Numerosos estudios sobre regiones de pequeño campesinado de Europa Occidental identifican como agente social básico la «casa» (23), unidad que abarca no sólo la vivienda sino las personas que lo habitan, los útiles de trabajo y las tierras que labran: una opinión que aparentemente coincide con la de los propios campesinos objeto de estudio. Mientras que muchos antropólogos hablan de «grupo doméstico», un conjunto de personas, unidos por criterios de parentesco, comensalidad, coresidencia o cooperación en la producción agrícola dentro de una explotación (24). O, en la definición de Iturra (1989), un conjunto de personas que participan como gestores y/o beneficiarios en la obtención y gestión conjunta de recursos productivos y reproductivos, recursos entre los que puede encontrarse —o no— una explotación agrícola. El riesgo de un modelo estático de sociedad local organizada sobre las relaciones entre «grupos domésticos», se evita mediante su combinación con un segundo concepto de «red de relaciones» (25), el campo so-

(23) Un ejemplo clásico de estas teorías de «patrimonio-matrimonio» es Bourdieu (1962).

(24) Distintos criterios que discute Goody (1972).

(25) O «red social», como prefieren llamarle los sociólogos. Ver al respecto Mayer (1980) y Bott (1990).

cial compuesto por todas las relaciones que unen a una persona con otras, mediante vínculos de amistad, parentesco, trabajo, vecindad, clientelismo, ... (26).

Una explotación no es gestionada normalmente por un solo individuo, sino que dos o más personas suelen concurrir en la toma de decisiones. Toda explotación tiene abierto antes sí un abanico de opciones productivas, y la incorporación de ciertas innovaciones sólo cobra sentido dentro de determinadas **estrategias** productivas, y no de otras. La práctica productiva de los campesinos se subordina a la reproducción del grupo doméstico en el que se integran (Chayanov, 1925; Shanin, 1972), a un proyecto reproductivo que este grupo doméstico ha adoptado (27). De hecho, y en contra de lo asumido por la generalidad de los estudios de modernización, los proyectos reproductivos que adoptan personas y grupos sociales parecen ser una de las claves de los cambios económicos, y no un mero factor inducido por estos últimos.

A modo de resumen y conclusión, mis críticas se han centrado en cuatro puntos. La «teoría de la modernización» se construye sobre fundamentos epistemológicos inadecuados; se elabora en el doble marco de una teoría económica insuficiente y de una sociología —mayormente— funcionalista estéril; impide contextualizar los objetos estudiados históricamente y dentro de un sistema económico y político global; y se organiza sobre una teoría del sujeto y una teoría de la acción incapaces de explicar la complejidad de lo social. Dentro de las ciencias sociales se han elaborado por contra, a lo largo de este siglo, una serie de modelos alternativos que permiten analizar de forma mucho más productiva el proceso de cambio económico, social, político y cultural. A lo largo de este artículo, y conforme desarrollaba una crítica a los estudios de modernización, he sugerido algunas de estas alternativas. Del trabajo común de todos ha de salir —saldrá— una nueva síntesis que nos permita seguir avanzando en la investigación.

(26) Ver por ejemplo, para el estudio de las élites, Pro Ruiz (1995).

(27) Como yo he estudiado para la Galicia rural contemporánea, en los s. XIX-XX (Cardesín, 1992), y específicamente en el período 1960-1990 (Cardesín, 1992 y 1995).

BIBLIOGRAFÍA

- BOTT, E. (1990): *Familia y red social*. Madrid. Taurus (edición original de 1975).
- BOURDIEU, P. (1962): «Célibat et condition paysanne». *Etudes Rurales*, n.º 5-6, pp. 32-135.
- BOURDIEU, P. (1992): *El sentido práctico*. Madrid. Taurus (edición original de 1980).
- CARDESÍN, J. M. (1992): *Tierra, trabajo y reproducción social en una aldea gallega* (s. XVIII-XX). Madrid. MAPA.
- CARDESÍN, J. M. (1997): «Pensiones, subvenciones y toma de decisiones. El campesinado gallego bajo la política agraria (1960-1990)». *Iberian Studies*, (en prensa).
- CARNERO, T. (ed) (1992): *Modernización, desarrollo político y cambio social*. Madrid. Alianza.
- CASTELLS, L. (1987): *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración, 1876-1915*. Madrid. s. XXI.
- COMAS, D. y CONTRERAS, J. (1990): «El proceso de cambio social». *Agricultura y Sociedad*, suplemento al n.º 55.
- CHAYANOV, A. V. (1983): *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires. Nueva Visión (edición original de 1925).
- CHOMSKY, N. (1993): Año 501. *La conquista continúa*. Madrid. Libertarias.
- DODIER, N. (1991): «Agir dans plusieurs mondes». *Critique*, n.º 529-530, pp. 427-458.
- DURKHEIM, E. (1985): *La división del trabajo social*. Barcelona. Planeta (edición original de 1902).
- FOSTER, G. M. (1980): *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*. México. FCE (edición original de 1973).
- FRANK, A. G. (1971): *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología*. Barcelona. Anagrama.
- GARCÍA DELGADO, J. L. (1989): «Agricultura y desarrollo capitalista en la España de los decenios centrales del siglo XX», en C. San Juan (ed): *La modernización de la agricultura española (1956-1986)*. Madrid. MAPA, pp. 213-246.

- GERSCHENKRON, A. (1978): «El atraso económico en su perspectiva histórica», en D. S. Landes (ed): *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Madrid. Ayuso, pp. 147-168.
- GODELIER, M. (1974): *Racionalidad e irracionalidad en economía*. México. s. XXI (edición original de 1966).
- GODELIER, M. (1976): *Funcionalismo, estructuralismo y marxismo*. Barcelona. Anagrama.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (1991): «Agroecología. Bases teóricas para una historia agraria alternativa». *Noticiero de Historia Agraria*, n.º 2, pp. 49-78.
- GOODY, J. (1972): *Domestic Groups*. Reading Mass. Addison-Wesley Modules in Anthropology.
- GOULD, S. J. (1987): «Correlación, causa y análisis factorial». *La falsa medida del hombre*. Barcelona. Orbis, pp. 250-286 (edición original de 1981).
- GREENWOOD, D. (1976): *Unrewarding Wealth. The commercialization and collapse of agriculture in a Spanish Basque town*. Cambridge U. P.
- HARRIS, M. (1979): *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Madrid. s. XXI (edición original de 1968).
- HARRIS, M. (1991): «La revolución no tan verde» y «La segunda revolución verde de México». *Introducción a la antropología general*. Madrid. Alianza, pp. 562-567.
- HEATH, A. (1974): «The rational model of man». *European Journal of Sociology*, XV, pp. 184-205.
- HOSELITZ, B. (1960): *Sociological Factors in Economic Development*. Glencoe. The Free Press.
- IGLESIAS, C. et Alii. (1980): *El desarrollo de la teoría sociológica*. Madrid. Akal.
- ITURRA, R. (1988): *Antropología económica de la Galicia rural*. Santiago de Compostela. Xunta de Galicia.
- ITURRA, R. (1989): «El grupo doméstico o la construcción coyuntural de la reproducción social», en Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español (ed): *Conferencias al IV Congreso Nacional de Antropología de España*. Alicante, pp. 19-39.
- JAMARD, J. L. (1988): «Parménide, Héraclite et l'anthropologie française», *Gradhiva*, n.º 5, pp. 31-55.
- JULIÁ, S. (1989): *Historia social/sociología histórica*. Madrid. s. XXI.
- LEPETIT, B. (1995): «Le present de l'histoire», en B. Lepetit (dir): *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*. Paris, Albin Michel, pp. 273-298.

- LEVINS, R. (1990): «Ciencia y progreso. Siete mitos desarrollistas en agricultura», en R. C. Lewontin (ed): *Ciencia y tecnología*. Madrid. Revolución, pp. 23-34 (edición original de 1986).
- LEWONTIN, R. C. y BERLAN, J. P. (1990): «Tecnología, investigación y penetración de capital: el caso de la agricultura norteamericana», en R. C. Lewontin (ed): *Ciencia y tecnología*. Madrid. Revolución, pp. 35-55 (edición original de 1986).
- MACGEE, T. (1985): «Mass markets, little markets. Some preliminary thoughts on the growth of consumption», en S. Plattner (ed): *Markets and Marketing*. Lanham. Uni. Press of America.
- MAINE, H. S. (1959): *Ancient Law*. Londres. The World's Classics (edición original de 1861).
- MARTÍNEZ ALIER, J. (1993): «Hacia una historia socioecológica: algunos ejemplos andinos», en E. Sevilla Guzmán y M. González de Molina (eds): *Ecología, campesinado e historia*. Madrid. La Piqueta, pp. 219-253.
- MARTÍNEZ VEIGA, U. (1989): *Antropología económica. Conceptos, teorías, debates*. Barcelona. Icaria.
- MAYER, A. C. (1980): «La importancia de los cuasi-grupos en el estudio de las sociedades complejas», en M. Banton (ed): *Antropología social de las sociedades complejas*, Madrid. Alianza, pp. 108-114 (edición original de 1966).
- MEILLASSOUX, C. (1978): *Mujeres, graneros, y capitales. Economía doméstica y capitalismo*. Madrid. s. XXI.
- MILLS, C. W. (1961): *La imaginación sociológica*. México. FCE.
- NAREDO, J. M. (1987): *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*. Madrid. s. XXI.
- PARETO, V. (1968): *Traité de sociologie générale*. Paris. Droz (edición original de 1916).
- PARSONS, T. (1968): *La estructura de la acción social*. Madrid. Guadarrama (edición original de 1937).
- PARSONS, T. (1974): *La sociedad*. México. Trillas (edición original de 1966).
- POLANYI, K. (1990): *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid. La Piqueta (edición original de 1944).
- PRO RUIZ, J. (1995): «Las élites en la España Liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)», *Historia Social*, n.º 21, pp. 47-69.
- REDFIELD, R. (1955): *The Little Community*. Chicago. Aldine.

- ROGERS, E. y SVENNING, L. (1973): *La modernización entre los campesinos*. México. Fondo de Cultura Económica.
- ROSTOW, W. (1960): *The Stages of Economic Growth. A non communist manifesto*. Cambridge U. P.
- RUIZ, B. (1993): «El consumo y la mercantilización de la subsistencia», en M. C. Díaz Míntegui y V. Maquieira (coords): *Sistemas de género y construcción (deconstrucción) de la identidad femenina*. Actas del VI Congreso Nacional de Antropología. Tenerife, pp. 71-79.
- RUIZ, B. (1996): «Del conflicto laboral a la búsqueda del tiempo del quehacer. Lucha obrera en la transición democrática», en Asociación Galega de Historiadores (ed): *A guerra na historia de Galicia*. Santiago de Compostela, pp. 213-236.
- SAHLINS, M. (1982): *Uso y abuso de la biología*. Madrid. s. XXI (edición original de 1976).
- SCHULTZ, T. W. (1989): «Modernización de la agricultura», en C. San Juan (ed): *La modernización de la agricultura española (1956-1986)*. Madrid. MAPA, pp. 27-72.
- SERVOLÍN, C. (1988): *Las políticas agrarias*. Madrid. MAPA.
- SEVILLA GUZMÁN, E. (1994): «La tradición sociológica de la vida rural: una larga marcha hacia el funcionalismo», en E. Sevilla Guzmán (ed.): *Sobre agricultores y campesinos*. Madrid. MAPA, pp. 39-107.
- SEVILLA GUZMÁN, E. y GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (1990): «Ecosociología: Elementos teóricos para el análisis de la coevolución social y ecológica en la agricultura». *REIS*, n.º 52, pp. 7-45.
- SHANIN, T. (1982): «Polarization and cyclical mobility: the Russian debate over the differentiation of peasantry», en J. Harris (ed.): *Rural Development*. Hutchinson University Library (edición original de 1972).
- SMITH, A. (1978): *Lectures on Jurisprudence*. Oxford U. P.
- TILLY, C. (1991): *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid. Alianza (edición original de 1984).
- TOLEDO, V. (1993): «La racionalidad ecológica de la producción campesina», en E. Sevilla Guzmán y M. González de Molina (eds.): *Ecología, campesinado e historia*. Madrid. La Piqueta, pp. 197-218.
- TÖNNIES, F. (1979): *Comunidad y asociación. El comunismo y el socialismo como formas de vida social*. Barcelona. Península (edición original de 1887).
- TRIBE, K. (1978): *Land, Labour and Economic discourse*. Londres. Routledge & Kegan Paul.

- WALLERSTEIN, I. (1979): *El moderno sistema mundial*. Vol. I. Madrid. s. XXI (edición original de 1974).
- WEBER, M. (1985): «Capitalismo y sociedad rural en Alemania». *Ensayos de sociología contemporánea*, vol. II. Barcelona. Planeta, pp. 133-162 (edición original de 1906).
- WEBER, M. (1986): «Enquête sur la situation des ouvriers agricoles a l'Est de l'Elbe. Conclusions prospectives». *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n.º 65, pp. 66-75 (edición original de 1892).
- WRIGLEY, E. (1992): «El proceso de modernización y la revolución industrial en Inglaterra». *Gentes, ciudades y riqueza. La transformación de la sociedad tradicional*. Barcelona. Crítica, pp. 70-109 (edición original de 1972).

PALABRAS CLAVE: *Modernización, desarrollo, estructura y cambio, agricultura tradicional, interdisciplinariedad.*

RESUMEN

Miseria de la teoría ... de la modernización: Una revisión de algunos estudios sociológicos sobre el mundo rural contemporáneo

La «teoría de la modernización» ha experimentado un «revival» entre historiadores y científicos sociales españoles en los años 80. Argumentaré que esta «teoría» es un instrumento inadecuado para estudiar los cambios en las agriculturas occidentales en la posguerra, y en general para analizar el proceso de cambio económico, social, político y cultural. Centraré las críticas en los siguientes puntos: la «teoría de la modernización» se construye sobre fundamentos epistemológicos incorrectos; se elabora en el doble marco de una teoría económica insuficiente y de una sociología funcionalista estéril; impide contextualizar los objetos estudiados históricamente dentro de un sistema económico y político global; y se organiza sobre una teoría del sujeto y una teoría de la acción incapaces de explicar lo social.

RÉSUMÉ

La «Théorie de la Modernisation» a vécu un «revival» entre les historiens et scientifiques sociaux espagnols pendant les années 80, surtout pour analyser les changements économiques, sociaux, politiques et culturels. Je dirais que cette «théorie» est peu adéquate pour étudier les changements dans l'agriculture occidentale pendant l'après guerre. Je vais démontrer que la «Théorie de la Modernisation» se fonde sur des idées anthropologiques incorrectes en respectant une théorie économique insuffisante et une sociologie fonctionnaliste stérile, et qui empêche de relier les objectifs étudiés historiquement dans un système globale économique et politique, et qui s'organise sur une théorie du sujet et une théorie de l'action incapables d'expliquer les aspects sociaux.

MOTS CLÉS: *Modernisation, développement, structure et changement, agriculture traditionnelle, interdisciplinarité.*

SUMMARY

The «theory of modernization» has undergone a great success among spanish historians and social scientists in the 80's, especially by supplying an analytical framework to study economic, social, political and cultural change. I will appeal to an interdisciplinary approach, reviewing economy, sociology, political science, anthropology and history, in order to argue that this «theory» should only lead to mistake. I'll illustrate this general assert by refering to changes in western agricultures after the 2nd World War.

KEYWORDS: *Modernization, development, structure and change, traditional agriculture, interdisciplinary approach.*